

843

2

PQ2242
M38

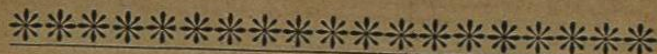


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



UN MATRIMONIO

DEL

GRAN MUNDO



I

LA señora Veyle, viuda del contralmirante Lorris, casó en segundas nupcias con el general marqués de Veyle. Feliz en aquellas dos uniones consecutivas, la marquesa se impuso el divertimento y el piadoso deber de propagar una institución que solo placeres la había proporcionado, y se ocupaba afanosa en casar á las gentes. Su distinguida posición, sus buenas relaciones y sus grandes éxitos en algunas de estas difíciles operaciones, la habían captado la confianza pública. Además tenía, según ella decía, una notable prue-

ba que enseñar: su nuera, Luisa de Lorris. El señor Lorris, era oficial de marina, y sus frecuentes y prolongadas ausencias, ponían á su consorte en situaciones difíciles, á las que se amoldaba con un tacto que honraba mucho el talento de su madre política.

La señora Veyle recibía los jueves por la noche, y sus reuniones siempre estaban desanimadas, apesar de la música y del canto. En el aire, flotaba algo misterioso; se veían desfilar por allí á individuos con corbata blanca, que no volvían, y frecuentemente muchas jóvenes empezaban á sollozar sin causa aparente ninguna, todo lo cual, acrecentaba la helada melancolía del salón.

Aquella noche, la marquesa hacía una obra de caridad: se trataba de un matrimonio plebeyo, del que únicamente se ocupaba para satisfacción de su conciencia. Eduardo, un primo pobre del general, debía ser presentado como aspirante á la mano de la hija de un profesor de Sainte-Barbe. Eduardo era un jovencuelo desmañado, tímido y muy para poco; pero era músico y tocaba la flauta bastante bien. Este fué el título á que apeló la señora Veyle para presentarle.

—Dios mío, decía la marquesa; ya sé que la flauta no es un instrumento que excita mucho la imaginación, pero es el único atractivo de ese pobre Eduardo...

Se había convenido en que Eduardo ejecutaria, aquella noche, un trozo de ópera, acompañado por el general y la señora de Lorris. Antes de empezar, ésta dió el *la* en el piano, y el general, en su

violoncello; pero Eduardo, después de haber procurado tomar el tono, atravesó el salón rápidamente, y arrodillándose delante de la chimenea, desarmó la flauta y aproximó al fuego sus diversos trozos.

—¿Qué le sucede á usted? preguntóle la señora Veyle, mientras la hija del profesor cambiaba con su familia miradas significativas; ¿qué es lo que hacéis? ¡Vaya una ocurrencia peregrina!... ¿Para qué calienta usted la flauta?...

—Para alzar el diapason, prima mía, repuso Eduardo.

—¡Cómo! ¿Cree usted?... ¡Qué cosa más rara!... Lo encuentro extraño... parece inverosímil, amigo mío. ¡En fin, todo es posible!...

Eduardo, acobardado por el silencio hostil del público, se incorporó presuroso, intentando tomar el tono que la señora de Lorris le daba con infatigable bondad; mas, á su entender, no afinaba aún lo suficiente, y recobró su humilde actitud delante de la chimenea, exponiendo nuevamente los trozos de su flauta al calor del fuego. Esta malaventurada reincidencia, provocó entre los circunstantes un ahogado murmullo de reprobación y de risas. La pobre hija del profesor, arrebolada como un tomate, dirigía á su madre miradas suplicantes.

—Querido Eduardo, dijo entonces la marquesa; basta por hoy, porque ya comprenderéis que no vamos á pasar la noche, viéndoos calentar la flauta. Más vale dejarlo, amigo mío, para otra vez...

Después de este desagradable incidente, la con-

versación languideció, como era de suponer, y la familia del profesor no tardó en despedirse. El pobre Eduardo, tornó á colocar melancólicamente la flauta en su estuche, y desapareció enjugándose su pálida frente.

—¡Bonita velada! exclamó el general, retirándose poco después á su habitación.

Un solo personaje quedó entonces en el salón, acompañado de la señora Veyle y de su hija política. Era un joven de treinta años aproximadamente, bien formado, elegante y de porte distinguido y altanero. Parecía haber estado ageno á los incidentes de la reunión, y su semblante frío y enérgico, no había hecho ningún gesto de interés ni de atención, cuando ocurrió el episodio, casi dramático, que acabamos de referir. No vió salir á Eduardo, ni á la familia del profesor, y únicamente se levantó un poco de su silla cuando se fué el general: después, se puso á dibujar tranquilamente cabezas de turco en un álbum.

—Señor Rias, dijo súbitamente la señora de Lorris; ¿qué hay de mis versos?... ¿Cuándo?...

—Ahora mismo, si quiere usted, señora.

—¡Oh! ¿Una improvisación?... ¡Bravo!...

La señora de Lorris, puso delante del joven el álbum reservado á los poetas, y Rias, después de reflexionar algunos minutos, escribió varias líneas sin titubear, y devolvió el álbum á la señora de Lorris, saludándola con una inclinación de cabeza.

—¿Qué le dice á usted, este caballero? preguntó la señora Veyle, saliendo de sus sombrías meditaciones.

—Mire usted, mamá, dijo la joven,
Y leyó con gravedad:

La demoiselle que ce soir
ma marraine avait invitée,
n' a pris aucun plaisir à voir
Edouard ou la Flûte enchantée. (1)

—¡Hola, mala persona!... En vez de clavarme esa flauta como un puñal, podía usted explicarme claramente su extraña conducta.

—¿Cómo, querida señora?

—¡Ay, querido Lionel!... Yo no me forjo ilusiones y sé que mis jueves no tienen atractivos para usted... Además, ha estado usted dos años sin acordarse de ellos... lo que me parece muy natural... Pero desde hace algún tiempo, no pierde usted ninguno, y declaro que eso me extraña... Vamos, francamente, amigo mío; ¿qué fin persigue usted? ¿Por qué, ó por quién, tiene usted esa asiduidad? ¿Viene usted á seducir á mí nuera, aquí presente, ó para que yo le case?

—Pero, ¿puedo acaso escoger? dijo Lionel sonriendo.

(1) La señorita que esta noche invitó mi madrina, no se ha divertido viendo, Eduardo ó la Flauta Encantada.

—¡Debo marcharme, mamá! exclamó alegremente la señora de Lorris, alargando su cuello de cisne, por encima de su bastidor.

—Señora y querida madrina, dijo Rias; la suplico que retenga á la señora de Lorris, y puesto que, según parece, se propone usted sermonearme acerca del matrimonio, no se prive usted de un argumento tan poderoso.

—¿Es verdad que piensa usted en ello, querido amigo? exclamó la marquesa, cuyos ojos chispearon. ¡Oh, me encanta usted, con eso! ¡Qué compensación tan agradable á los encantos de esta noche!... No tengo necesidad de encomiarle, querido Lionel, el celo que desplegaré para servirle bien; no solo por usted, sino por la memoria de su pobre madre... Pero, amigo mío, si tenemos que hablar, y mi hija le estorba á usted...

La señora de Lorris se levantó, extendiendo sus brazos como dos alas, en actitud de interrogar y sonriéndoles con aire sumiso.

—No, no; se lo ruego á usted, replicó Lionel; la presencia de la señora de Lorris, no solo me agrada... sino que me es útil. Sosteniéndome en esta discusión, al mostrarme el matrimonio desde un punto de vista...

—¡Ah, permítame usted, amigo mío! dijo la anciana marquesa; no se trata ahora de cortejar á mi hija, con pretexto de un matrimonio ficticio... porque no le ayudaré á usted en el juego... Vamos, quédese usted, hija mía...; veremos de lo que se trata.

—Perfectamente, dijo la joven, tornando á sentarse delante de su bastidor.

—Ea, amigo mío; ¿habláis en serio? preguntó la marquesa; ¿estáis resuelto á concluir vuestra soltería?

—Aún no he resuelto nada, repuso Rias, modestamente; aunque siempre he pensado casarme, según es costumbre en mi familia... Además, tengo ya treinta años, y encuentro digno y natural, presentarme ante el altar, ahora que todavía estoy aceptable.. Y añadiré, para satisfacer la suspicacia de la señora de Lorris, que está lanzándome miradas terribles, que también me seduce el matrimonio por razones menos positivistas... y que no soy insensible á ciertos afectos honrados y dulces... si bien es cierto que nunca me he detenido á meditar largo tiempo en ellos...; que también me cautivan esas imágenes de deleitosa intimidad y de felicidad conyugal...; que me es muy grata la idea de ver, al entrar en mi casa, una fiel y gentil cabeza inclinada bajo una lámpara, ó sobre una labor de tapicería; y, finalmente, que sería feliz hallando ocupado dignamente, el hueco que dejó en mi casa la muerte de mi madre.

—Todo eso está perfectamente, dijo la vieja marquesa; y hasta declaro que ha logrado usted enternecerme... Déme usted la mano, hijo mío.

El señor Rias, besó respetuosamente la mano que le tendía, y añadió riendo:

—¡Queda el capítulo de las objeciones!

—¿Qué objeciones?... Pero ¡oh!... no las diga usted; las conozco... Hay matrimonios malos, ¿verdad?... y hogares muy tristes...

—Hay muchos, dijo Lionel.

—¡Cómo no ha de haberlos!... Hay tantos hombres malos... ó tontos... ó torpes... Pero, en fin, esto, ¡peor para ellos!...

—Parece, querida madrina, que queréis demostrarme que siempre depende del hombre, la desgracia ó la felicidad matrimonial.

—Permitame usted... pretendo demostrarlo, porque es verdad. Fíjese usted, sino, amigo mío, en las esposas de los marinos. ¿Por qué son espejos de fidelidad y buena conducta? ¡Ahí está mi hijo!... Pues, porque los marinos, no están á su lado para echar á perder la situación...

—Vamos, madrina querida, que hay mujeres terribles, con las cuales los maridos, ausentes ó presentes, no pueden modificar en nada la situación.

—Se engaña usted, amigo mío; entre nosotras, no hay mónstruos, ó, por lo menos, son muy raros... excesivamente raros. Es que los hombres, tienen la manía de sostener, que todas las mujeres son mónstruos de nacimiento... Procedimiento cómodo, con el cual eluden toda responsabilidad.

Por lo demás, puede usted tener la convicción, de que no le daré ningún mónstruo... Respondo de ello. Luisa, agregó dirigiéndose á su nuera; ¿sabes en quién he pensado para él?

La joven, miró al techo con sus grandes ojos claros, reflexionando, y exclamó de pronto, mirando á la marquesa:

—¡María!

—¿No es verdad que formarían una soberbia pa-

reja?... ¿Le gusta á usted? hace ya mucho tiempo que bullía en mi cabeza ese matrimonio.

—María, dijo el señor Rias; es un nombre muy bonito, cuando lo es la mujer que lo lleva; pero, permitame usted preguntar; esa señorita María, ¿es parisina?

—Todo lo más parisina posible, dijo la señora de Lorris.

—Pues eso basta: rechazo rotundamente su candidatura.

—¿Por qué? interrogó la marquesa.

—Porque conozco la educación que reciben las jóvenes en París, y aunque no abrigo grandes ilusiones acerca del candor de las campesinas, creo, no obstante, que ganaría mucho eligiendo para mujer á una provinciana.

—¡Ay, amigo mío, no haga usted eso! exclamó la marquesa; ¡por Dios, no haga usted eso! ¡Qué ocurrencia!... ¡Buscar á su mujer en provincias, ni más ni menos que como si fuese un criado!... ¿Y sabe usted lo que sucede con esos criados provincianos? Que París les emborracha, pierden la cabeza y son peores que los otros... Tendrá usted una mujer torpe, sin trato social, con las manos encarnadas y que le avergonzará á cada momento... ¡y que podrá engañarle como otra cualquiera!... No; fíjese usted, amigo mío. Realmente, hay peligros en todas partes, y únicamente importa escoger los menos ridículos.

—¡Verdaderamente, querida madrina, exclamó Lionel riendo; no la comprendo á usted! Yo creí que iba usted á animarme, á excitarme; ¡pero eso que me dice usted, es espantoso!

—Le aseguro á usted, mamá, dijo la señora de Lorris, riendo á carcajadas; que se da usted muy malas trazas para persuadir.

—¿Y qué quieres que le diga, hija mía? El, desea, como todos los hombres, que le ofrezcan en bandeja de plata, un matrimonio sin inconvenientes, sin peligros y sin malas probabilidades... Y no los tengo de esa clase, porque no los hay. Regla general, amigo mío: yo caso únicamente á las personas que reúnen condiciones suficientes de paz y de felicidad. Conozco á una señorita, por ejemplo, de muy buena familia, bien educada y que puede ser una esposa admirable, y conozco también á un joven distinguido, honrado y casi encantador... como usted, entre paréntesis... Pues les caso, y mi misión ha concluido; lo demás es cuenta de ellos... ¡Yo te caso y Dios te guíe!... Además, oiga usted, querido Lionel: en la situación en que está usted colocado, de nada le sirven sus reflexiones y sus razonamientos. Ha explicado usted sus síntomas, y son decisivos. ¡Ya está usted maduro; déjese atrapar y no procure defenderse!...

—En realidad, repuso Lionel con aire sério; no estoy tan resuelto como parece, y deseo seguir meditando en ello.

—Puede usted hacerlo así, amigo mío. Únicamente que, mientras usted lo piensa, acaso mi pájaro raro levante el vuelo.

—¡Ah... pues que vuele! dijo el joven, cogiendo su sombrero como para retirarse.

Pero no se fué, y recostándose sobre la chimenea, suspiró largamente y añadió con una especie de murmullo melancólico:

—¡Casarme, bueno!... ¡Pero no quiero casarme mañana mismo!

La anciana marquesa, miró á la señora de Lorris, y repuso con gravedad cómica:

—Está usted asistiendo, hija mía, á una escena conmovedora... ¡Las últimas convulsiones de un soltero!

Lionel se echó á reír.

—Veamos, dijo ¿cómo han educado á vuestra jovencita?

—Querido amigo, repuso la marquesa; ha sido educada por las hadas dentro de una torre. ¿Le conviene á usted?

—¿Es amiga de usted, señora? preguntó el joven á la señora de Lorris.

—Sí, señor; la quiero mucho.

—Eso ya es algo.

—¡Válgame Dios! dijo la marquesa; ¡basta de misterios! No solamente es su amiga, sino su prima... y, para concluir, es la señorita Fitz-Gerald.

—¡La señorita Fitz-Gerald!

—Sí... ¿qué tiene usted que decir?...

—Que sería un enlace tan ventajoso como honroso, pero, ¿está usted segura de que hay una señorita Fitz-Gerald?... Recuerdo que los Fitz-Gerald tenían un hijo... pero creía que era un niño.

—Pues no; es niña.

—¿Y dónde se la vé?

—En todas partes, desde hace dos años... precisamente los que lleva usted de luto; de modo que no estraño que no la conozca usted.

—¿Se acuerda usted, dijo la señora de Lorris, de mi pobre cuñadita?

—¿De la señora de Kévern? ¡Ciertamente, pobre joven!... Era preciosa.

—Pues bien: María Fitz-Gerald, es por el estilo. Hasta se parece á ella físicamente. ¿Verdad, mamá?

—Tal vez, repuso la marquesa; de todos modos, amigo mío, lo mejor es que juzgue usted por sí mismo; pues pienso realizar, en obsequio á usted, un acto heroico. María y su madre están ahora en el campo, cerca de Melun. Ese pobre Kévern, el hermano de mi nuera, tiene allí un hotelito, que durante su ausencia está á nuestra disposición. Es un sitio que no me agrada, pero iré allí con Luisa, á instalarme durante algunos días. Usted irá á vernos y la presentación vendrá por sí misma. ¿Le parece á usted bien?

—Me abruma usted con sus bondades, dijo Lionel; pero no quisiera que este enredo me comprometiese de un modo definitivo.

—¡Qué hombre, Dios mío! Tranquilícese usted, amigo mío, que nadie pretende casarle contra su voluntad. Además, también usted puede no gustar... ¡Sí, no se admire usted, que eso puede ocurrir! De suerte, que nadie se comprometerá. ¿Quiere usted llamar, amigo mío? Vuelva usted mañana, y acabaremos de arreglar nuestros proyectos.

El señor Rias reiteró sus cumplimientos, y después de despedirse, se retiró, dejando á la señora Veyle y á su preciosa nuera entregadas á esa pla-

centera excitación que experimentan las mujeres jóvenes ó viejas, cuando se hallan relacionadas, aunque sea indirectamente, con alguna aventura en que el amor está llamado á representar su papel.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO



II

La señora de Fitz-Gerald, viuda de un consejero de Estado, había sido muy guapa, y lo era aún, apesar de sus cuarenta y cinco años. Cuando, con los primeros calores de marzo ó de abril, arrinconaba los abrigo de pieles, para pasear por los *boulevares*, acompañada de su hija, desde la calle de la Paz hasta La Magdalena, los paseantes que les abrían paso, movidos por una deferencia involuntaria, podían formarse, al verlas, una idea cabal de la refinada elegancia parisina. La madre y la hija, aunque poco acostumbradas á pasearse á pié, caminaban con paso firme y resuelto, atravesando la multitud con perfecta indiferencia y conversando con voz breve y alta, cual si estuviesen en su

parque. Sus atavios, perfectamente armonizados con su edad, tenían un encanto suigéneris que se amoldaba también á sus ademanes y continente, y dejaban tras sí un olor á flores de invernadero, que parecía purificar el aire, como sus pequeños pies parecían purificar el asfalto que taconeaban. Los extranjeros desmenuzaban con ojos celosos la actitud, los movimientos y el regio contoneo de aquellas dos parisinas, que recorrían su imperio, desesperándolos con su apostura inimitable.

Aunque enviudó siendo muy joven y hallándose en todo el apogeo de su belleza, la señora de Fitz-Gerald, había llegado á su mayor edad con una reputación sin tacha. Sin estar dotada de principios muy sólidos ni muy elevados, sentía intensamente la religión de los armiños y de las mujeres de mundo: el horror á las manchas. Aplicaba al orden moral, las aficiones y las repugnancias que tenía con el cuidado físico de su persona, y sus instintos y costumbres, condenaban cualquier mancha ó cualquier desorden. El mal, para ella, no era solamente mal; era, ante todo, inconveniencia, y sin estremar el alcance moral de este modo de sentir, fuerza es reconocer su delicadeza y su valor práctico, puesto que es la única salvaguardia de muchas mujeres. Es un encanto que se parece á la virtud.

Un tío de su esposo, el conde Patricio Fitz-Gerald, se había dedicado á agasajar á la joven viuda, con caballeresca cortesanía, convirtiéndose en guía y protector suyo, hasta que llegase el momento en que ella pudiera presentarse en el mundo

con su hija; y cuando vino aquel día, el conde Patricio regresó satisfecho á su castillo de Fresnes, á donde su sobrina solía ir á verle durante los meses de verano.

Allí fué, y en una hermosa mañana de Julio, donde la señora de Fitz-Gerald, supo la interesante comunicación que la marquesa de Veyle ya la había insinuado, valiéndose de una misteriosa misiva. Estos prolegómenos matrimoniales fueron acogidos con un entusiasmo que no pudieron disimular las reservas exigidas por las circunstancias. La señora de Fitz-Gerald, trató de decir que su hija era muy joven aún, que apenas contaba diecinueve años, que tenía muchos pretendientes y que estaba en condiciones, por tanto, de escoger; pero luego, impulsada por su vehemencia maternal, olvidó las conveniencias y se abrazó al cuello de su amiga, anegada en lágrimas... Porque Lionel de Rias era, en efecto, uno de esos hombres que por su posición social, su nombre y sus relevantes cualidades, constituía uno de esos yernos excepcionales, que las madres se complacen en evocar en sus ensueños.

Como era natural, el conde Patricio asistió al consejo de familia, y también se mostró partidario de aquella alianza probable, é invirtieron algunos días en tratar todas aquellas cuestiones de conveniencia y de interés. La marquesa estaba instalada en una bonita casa de campo, que llamaban el Pabellón, y que pertenecía al hermano de su hija política: el Pabellón solo distaba dos ó tres kilómetros de Fresnes, y merced á esta corta distancia, mul-

tiplicaban sus visitas y sus conferencias secretas acerca de tan delicado asunto, pero sin sobresaltar la curiosidad de la señorita Fitz-Gerald, ni alarmar su sensibilidad. Podía suceder que Lionel no la gustase, ó que ella no le agradase á Lionel. Era de sumo interés evitarla agitaciones prematuras, poco convenientes en una jovencita; y mientras las personas mayores se entregaban á sus cábalas, la joven señora de Lorris quedó encargada de distraer á la señorita María, comisión que desempeñaba á conciencia y con magistral habilidad.

En fin, llegó el día designado para la entrevista de los dos jóvenes, teniendo todos la alegre certidumbre de que María, afrontaba esta prueba con entera libertad de corazón y sin recelar de lo que se trataba. Sin embargo, no se omitió ninguna precaución para quitar á la entrevista todo carácter oficial, fingiendo que todo fué una improvisación inesperada de la casualidad. Aunque la llegada del señor Rias, como la de otro cualquiera, á casa de su madrina, no tuviese nada de sospechoso, se convino de antemano en que se cruzasen las siguientes esqueltas, entre el Pabellón y el castillo de Fresnes, la misma mañana del día solemne:

«La señora de Veyle á la señora Fitz-Gerald.»

Mi querida Clarisa:

No nos aguarde usted para comer. Tengo convidados que llegarán hoy en el tren, y aunque son

personas muy simpáticas, hubiera deseado que escogiesen otro día; ó, sobre todo, que me hubiesen avisado con la oportuna antelación. Detesto las sorpresas por agradables que sean.

Recibe, hermosa, mis afectuosos recuerdos.»

«La señora Fitz-Gerald á la señora de Veyle.

Tráigame usted, querida mía, á esas personas tan simpáticas, y dígame usted cuántas son, para disponer la comida.

Su amiga que la abraza...»

«La señora de Veyle á la señora Fitz-Gerald.

Querida amiga: Mis huéspedes simpáticos quedan reducidos á mi ahijado Lionel Rias, pero ni puedo dejar que se quede á comer solo aquí, ni llvárosle, porque como no ha venido más que para un día, no ha traído frac.

Lo siento muchísimo.»

«La señora Fitz-Gerald á la señora de Veyle.

Querida amiga: Tráigase usted al señor Rias conforme esté. Mi tío vestirá de bata para inspi-

rarle más confianza. Venga usted temprano y daremos un paseo.

Siempre á sus órdenes.»

«La señora de Veyle á la señora Fitz-Gerald.

Estamos conformes, amiga mía. Esta tarde, á las tres, iremos á verla el general, Luisa y yo. En cuanto al señor Rias, tiene que hacer varias visitas por estos alrededores, pero luego, á eso de las seis, acudirá á reunirse con nosotros en uno de los caballos del general.»

La señora de Fitz-Gerald, tuvo especial cuidado de ir comunicando sucesivamente á su hija, todas las cartas de esta artificiosa correspondencia, y se congratulaba de la perfecta indiferencia con que María escuchó la lectura.

No obstante, á eso de las cinco y media de la tarde, una joven se paseaba sola por la terraza de un parque que dominaba el camino de Melun á Fontainebleau. De vez en cuando se detenía, creyendo escuchar algún ruido lejano, y se inclinaba hacia la carretera, mirando á todas partes por uno de los huecos abiertos en el espeso follaje. Después reanudaba su paseo, deslizándose lijeramente, como la mujer que empieza á valsar.

Acababa de dirigir una nueva y furtiva mirada

á través de la verde espesura, cuando echó el cuerpo bruscamente hacia atrás, murmurando algunas palabras que se escaparon de sus labios, entreabiertos por una placentera sonrisa. Se oía sobre el piso duro de la carretera el raudo galopar de un caballo, que debía de ser de pura raza, y que seguramente era montado por un caballero de gran distinción. La joven, siempre sonriendo, se escondió, buscando entre el follaje un sitio seguro desde donde atisbar sin ser vista. El gipete pasó, y la niña le miró con tan vivísimo interés, que ni aún á respirar se atrevía. Había visto al señor Rias en toda su natural elegancia, con su varonil apostura y sus correctas y enérgicas facciones, algo empalidecidas en aquel momento por la emoción.

Cuando desapareció, la joven lanzó un prolongado suspiro, oprimiéndose con una mano su corazón palpitante; después fijó en el vacío sus radiantes ojos azules y murmuró bajándolos lentamente hasta el suelo:

—¡Mi marido!

Entonces su rostro se arreboló, y ocultándolo entre sus manos, permaneció inmóvil, semejante á la estatua del pudor, y después regresó apresuradamente al castillo.

Allí la esperaban con gran impaciencia, pues ya el señor Rias había entrado en el patio, con gran sentimiento de la anciana marquesa.

—¿Pero, dónde está María? preguntaba á la señora de Fitz-Gerald, que estaba á su lado, asomada á una de las ventanas del salón. Lionel monta muy bien, y yo había dispuesto las cosas de modo

que le viese en toda su gentileza... porque la primera impresión es la más valedera... ¡Ya está aquí, y la pequeña no ha venido aún!... Mala suerte.

—Querida marquesa, repuso la señora Fitz-Gerald; ya sabe usted que hemos procurado, antes que nada, que María no conciba ninguna sospecha... Además, vuestro ahijado, me parece tan apuesto á pié como á caballo; así que nada hemos perdido.

Cuando la señorita María tuvo á bien presentarse en el salón en que estaba reunida la familia, pocos minutos antes de comer, halló al señor Rias ya aclimatado y dueño de las simpatías de la señora Fitz-Gerald y del conde Patricio. Cuando le presentaron al joven, María correspondió á su ceremonioso saludo con una leve inclinación de cabeza y como distraída. Lionel, acostumbrado á que las mujeres le recibiesen mejor, quedó algo confuso, buscando en sí mismo el origen de aquella fría acogida, y á fuerza de maquinarse en su imaginación, creyó haberlo descubierto. La señora Veyle le había enseñado su matutina correspondencia diplomática con la señora Fitz-Gerald, y aunque el proyecto, en general, le pareció bien, encontró muy ridículo el detalle relativo á su traje. Pensó que á la señorita de Fitz-Gerald, muy perita en todo lo que al trato social se refiere, también la había chocado aquel detalle, pareciéndole risible en extremo, el que un hombre anduviese haciendo visitas en traje de campo.

Como se vé, ese antojo era una verdadera puerilidad de enamorado. ¿Lo estaba ya Lionel? En

realidad sí, y antes de que se presentase la señorita Fitz-Gerald; pues si el misterio del matrimonio despierta secretos temores en los hombres de la edad del señor Rias, también les seduce y encanta. Es el desasosiego de una clase de amor, y, por así decirlo, la voluptuosidad que su vida pretérita, por fecunda que haya sido en emociones de este género, no logró nunca darles á conocer; es el espejo de un manantial cristalino, en donde el corazón y los sentidos fatigados reviven y se rejuvenecen como bajo la acción bienhechora del rocío; y es, en suma, la imagen ideal de la criatura inmaculada, como el mármol de Pigmalión, en cuyo seno virginal palpitan los primeros rubores.

Vivamente impresionado por estas ideas desde hacía algunos meses, el señor Rias no tardó en enamorarse de María, que le pareció la más pura encarnación de sus ensueños; porque era, en efecto, muy linda, graciosa y flexible, con aires de ninfa pudorosa y magníficos ojos azules, bajo bien perfiladas cejas negras. Lionel advirtió con disgusto que el mármol no se caldeaba á su contacto con la prontitud que él soñó, y la actitud de la señorita Fitz-Gerald durante la comida acabó de desconcertarle, pues no hubiera podido mostrarse más indiferente delante del cura de la parroquia. Parecía tranquila y absorta, bromeando algunas veces con su prima, la señora de Lorris, y respondiendo á las preguntas de Lionel con fría urbanidad.

Aquel continente acabó porsobresaltar á la misma señora de Veyle, á pesar de su pericia en todos los recursos y triquiñuelas de su sexo. Al levantarse de la mesa, llamó aparte á su nuera.

—Chiquita, dijo; por un lado todo va muy bien; decididamente Lionel está enamorado de la muchacha: pero ella me preocupa; trata de inquirir lo que piensa... mas con disimulo. ¿eh?...

Momentos después se veía á las dos jóvenes primas correr y perseguirse, como colegialas, á través de los *parterres* del jardín que adornaba la fachada anterior del hotel. De pronto, la señora de Lorris echó á correr y se aproximó á una de las ventanas abiertas. é inclinando el busto dentro del salón, le hizo una seña á su madre política.

—Mamá, dijo; tranquilícese usted... María no me ha dicho nada, pero estoy segura de que lo ha adivinado todo y de que le agrada, porque me besa á cada instante.

El tren de París pasaba á las nueve, y Lionel, debiendo ajustarse fielmente al programa, según el cual debía partir aquella misma noche, se dispuso á volver al Pabellón, situado á pocos pasos de la estación. Le trajeron su caballo al patio. Era un animal de raza árabe, vivo, que empezó á hacer piernas y á barrer la arena con sus largas crines flotantes. La señorita María parecía conocerle, porque le llamó por su nombre, «¡Sahib!...» le acarició con la voz y con la mano, y le dió un puñado de hojas: por último le ofreció una magnífica rosa, que quitó riendo del seno de la señora Lorris... Estas atenciones las agradeció, mucho más que el caballo, el caballero.